

El miedo en la historia: testimonios de la Gran Guerra

Elena CARRERA

Center for the History of Emotions
University of London

La “Historia Humana” de la llamada Gran Guerra que intentaba perfilar Sir John Hammerton en 1938 sigue escribiéndose¹. Cien años después de esa guerra, los testimonios, siempre parciales y personalizados, de sus combatientes tienen mayor interés que nunca. A casi siete décadas del furor que causó la novela de la Nueva Objetividad alemana *Sin novedad en el frente* de Erich Maria Remarque (1928), que fue adaptada con diversos fines políticos en dos versiones fílmicas (1930 y 1979), siguen realizándose nuevas versiones cinematográficas de la Gran Guerra, como la reciente *Testamento de la juventud* (2014), basada en la primera parte de las memorias de Vera Brittain (1933), al igual que la serie de cinco capítulos de la BBC (1979)². Es posible escuchar las voces de cientos de sus protagonistas, que fueron grabadas en entrevistas como las que realizó la BBC a 280 testigos oculares a finales de los años sesenta para una serie de 26 episodios, *The Great War* (disponible en DVD), de la que quedó un amplio material de archivo. El director y productor Detlef Siebert, que usó ese material en nueva narración fílmica, *I Was There: The Great War Interviews* (2014), en la que contrastaba hechos y fantasías, comentaba que el problema que plantea la historia oral es que no hay garantía de que las historias de los testigos oculares sean verídicas³. Sin embargo, aunque no sepamos si los hechos que narraban en las entrevistas eran reales o imaginados, nos puede interesar entender cómo los vivieron, cómo los recuerdan y cómo los cuentan.

Por un lado, sólo quienes vivieron los acontecimientos pueden contar sus experiencias y reacciones personales. Por otro lado, el recordar y contar los hechos, sea de forma oral o escrita, requiere procesos de selección e interpretación más o menos conscientes. La mezcla de hechos y fantasías que detectaba Siebert en 2014 al escuchar los relatos orales de veteranos documentados en la década de los sesenta no es sorprendente, dada la distancia temporal y cultural entre lo narrado y lo vivido (cuando tenían cincuenta años menos). La narración de experiencias personales debe entenderse en relación con su marco inmediato: a quién, para quién y para qué se cuenta la historia.



Artículo recibido en 14-04-2015 y admitido a publicación en 28-06-2015.

1. John A. HAMMERTON (ed.) “Foreword by the Editor”, *The Great War... I Was There: Undying memories of 1914-1918*, Londres, The Amalgamated Press, 1938-1939, p. 3. Traduzco al español todas las citas, manteniendo el estilo de los documentos originales.

2. Sobre las narrativas testimoniales de veteranos franceses y alemanes de la Primera Guerra Mundial, J.-N. CRU, *Témoins. Essai d'analyse et de critique des souvenirs de combattants édités en français de 1915 a 1928*, París, Étincelles, 1928; W.K. PFEILER, *War and the German Mind: The Testimony of Men of Fiction Who Fought at the Front*, Nueva York, Columbia University Press, 1941; Hans-Harald MÜLLER, *Der Krieg und die Schriftsteller. Der Kriegsroman der Weimarer Republik*, Stuttgart, Metzler, 1986, p. 43. Harold BLOOM (ed.), *All Quiet on the Western Front - Erich Maria Remarque*, Nueva York, Infobase, 2001.

3. “La historia oral es complicada. Simplemente por el hecho de alguien estuviera allí, no quiere decir que su historia sea cierta”; <<http://www.bbc.co.uk/blogs/tv/entries/80a43bad-458d-3e19-8a3d-3aa2d92abe9d>> (consulta 26-02-2015).

También está supeditada a las limitaciones y recursos de la memoria, en la que se mezclan vivencias, creencias y significados añadidos, y en la que van tomando relieve algunos detalles, mientras se suman o se borran otros. Al contar las experiencias personales de una guerra, lo que recuerdan los que la vivieron son visiones desde abajo (perspectivas de hormiga, o literalmente *de ojo de gusano*, *worm's eye view*), que adquieren significados específicos según la visión general (a vista de pájaro, *bird's eye perspective*) que tuvieran sobre su legitimidad o futilidad en el momento del combate y en el momento de la escritura o la entrevista⁴. Como señalaban Bernd Ulrich y Benjamin Ziemann en su estudio sobre cartas de soldados alemanes, “la perspectiva de ojo de gusano se usaba no tanto para glorificar la guerra como para condenar la cruda realidad de las trincheras”⁵.

Uno de los ejemplos más notables de la interacción entre las dos perspectivas es *El miedo (La peur)* de Gabriel Chevallier, una novela autobiográfica sobre la Gran Guerra que fue duramente criticada como un acto de antipatriotismo en el momento de su aparición en 1930, y terminó siendo retirada del mercado en 1939, al comenzar la Segunda Guerra Mundial, sin volver a publicarse hasta 1951⁶. La traducción inglesa que apareció en Nueva York en 2014 con el subtítulo de *Novela sobre la Primera Guerra Mundial (Fear: A Novel of World War I)*, con motivo del centenario del comienzo de la guerra, fue recibida como una obra maestra por ofrecer un lúcido testimonio ocular⁷. Dado el éxito editorial de narraciones como la de Chevallier, cabe preguntarse hasta qué punto éstas dejan de ser historias, con “h” minúscula, para insertarse en lo que entendemos como Historia. En cierto modo, es necesario que lo que cuenten no sean hechos aislados o sentimientos privados, sino que formen parte de un fenómeno o acontecimiento compartido. El relato de Chevallier sobre la experiencia de la guerra y del miedo cumple estos requisitos, si bien su enfoque no ha sido compartido en el mismo grado a lo largo de las más de ocho décadas de su existencia. Pasados cien años desde los acontecimientos que narra Chevallier, la novela va adquiriendo un mayor valor en el ámbito académico como testimonio histórico⁸.

La perspectiva crítica de Chevallier contrasta con la rememoración positiva de la Gran Guerra desde el punto de vista personal que recopiló Sir John Hammerton en los tres volúmenes de *I Was There* en 1938-1939. Hammerton había dedicado los años de la Gran Guerra a coeditar la revista semanal *The Great War*, cuyo objetivo principal era justificar la guerra y animar a los británicos a alistarse, y las dos décadas siguientes a escribir una *historia popular* de la guerra⁹. En sus reflexiones sobre lo que se proponía presentar en esta publicación, reconocía que una segunda guerra mundial podría

4. Sobre el proceso de mitologización de lo recordado, véase Dan TODMAN, *The Great War: Myth and Memory*, Londres, Bloomsbury, 2005.

5. Bernd ULRICH y Benjamin ZIEMANN, *German Soldiers in the Great War: Letters and Eyewitness Accounts*, Barnsley, Pen & Sword, 2010, p. 5. Véase también ULRICH, *Die Augenzeugen. Deutsche Feldpostbriefe in Kriegs- und Nachkriegszeit 1914-1933*, Essen, Klurtext, 1997, pp. 257-259.

6. Gabriel CHEVALLIER, *El miedo*, Barcelona, Acantilado/Quaderns Crema, 2009.

7. “PW Picks: Books of the Week, May 19, 2014”, *Publishers Weekly*, 19-05-2014, <<http://www.publishersweekly.com/pw/by-topic/industry-news/tip-sheet/article/62275-pw-picks-books-of-the-week-may-19-2014.html>> (consultada 8-07-2014).

8. Se menciona, por ejemplo, en Nancy BERTHIER y Vicente SÁNCHEZ-BIOSCA (eds.), “Introducción”, *Retóricas del miedo: Imágenes de la Guerra Civil española*, Madrid, Casa de Velázquez, 2012, p. 1.

9. John HAMMERTON, *The Great War: The Standard History of the All-Europe Conflict*, 13 vols, Londres, Amalgamated Press, 1914-19; *A Popular History of the Great War*, 6 vols, Londres, Amalgamated Press, 1933-34.

parecerse a la Gran Guerra de 1914-18, si bien nunca sería una repetición de los hechos. Desde su punto de vista, las similitudes entre la guerra mundial y las guerras que se habían librado durante las dos décadas siguientes en las circunstancias más diversas radicaban en las emociones:

Son las emociones humanas –y no la historia– las que se repiten: los pensamientos y sentimientos, las esperanzas y miedos, los terrores y pasiones desatadas (*released*) por la Gran Guerra de 1914-1918 volverán a desatarse una y otra vez mientras dure el mundo, como se han desatado de hecho en numerosas ocasiones desde 1918 –en Siria, Marruecos, China, Paraguay, Abisinia y España¹⁰.

En *I Was There*, Hammerton se centraba en “los pensamientos y emociones relacionados con la primera Guerra Mundial”, ofreciendo así una visión alternativa, con fotografías inéditas, que complementarían el material de los 55 fascículos del semanario que había editado cuatro años antes¹¹. El propósito explícito de *I Was There* era dar voz a los protagonistas de la reciente historia bélica británica presentando una amplia selección de escritos autobiográficos, que serviría como “documento genuino (*a genuine record*) de las experiencias, pensamientos y emociones de los hombres que lucharon en la Gran Guerra”¹².

El propósito de este artículo es analizar la representación del miedo en testimonios recogidos en cartas y diarios escritos desde el frente durante la Gran Guerra, textos autobiográficos de las dos décadas siguientes y artículos y ensayos de psiquiatría y psicología militar publicados antes, durante e inmediatamente después del conflicto. El punto de partida es la distinción que establecía Joanna Bourke en 2005 entre el “miedo” (*fear*), el “discurso del miedo” (*fear-speak*) y las “acciones relacionadas con el miedo” (*fear-act*)¹³. Señalaba Bourke que no podemos entender cómo se experimentaban en el pasado emociones como el miedo porque, desde el punto de vista de los que escriben historia, las sensaciones y sentimientos subjetivos son invisibles¹⁴. Además de no ser visibles porque no puede accederse directamente a la experiencia vivida, tradicionalmente las emociones habían sido consideradas como algo demasiado subjetivo y efímero como para tener cabida en los textos de historia.

En su discusión historiográfica sobre el miedo y la ansiedad en la historia contemporánea, Bourke mencionaba a pioneros como Lucien Febvre y Jean Delumeau, si bien se centraba principalmente en los enfoques de índole socio-constructivista, que prestan mayor atención a los discursos que a los hechos¹⁵. Partiendo de la observación de que el análisis de emociones como el miedo seguía siendo algo marginal en lo que se consideraba la disciplina histórica, cuestionaba el excesivo énfasis que habían puesto en la dimensión cultural del miedo los historiadores inspirados por el constructivismo

10. HAMMERTON, “Foreword”, *I Was There*, p. 3.

11. *World War, 1914-18: A Pictured History*, Londres, Amalgamated Press, 1934-35.

12. HAMMERTON, “Foreword”, p. 4.

13. Joanna BOURKE, “Fear and Anxiety: Writing about Emotion in Modern History”, *History Workshop Journal*, 55 (2003), pp. 111-133. Véase también su análisis más extenso: *Fear: A Cultural History*, Londres, Virago, 2005.

14 BOURKE, *Fear*, p. 6.

15. Véase el seminal artículo de Lucien FEBVRE, “Sensibility and History: How to Reconstitute the Emotional Life of the Past,” in *A New Kind of History and Other Essays* (1941), ed. Peter BURKE, trad. K. FOLCA, Nueva York, Harper & Row, 1973. Jean DELUMEAU se centra en la época medieval y moderna: *La Peur en Occident (xvie-xviiiè siècles)*, París, Fayard, 1978; *Le Péché et la peur: la culpabilisation en Occident xiiiè-xviiiè siècles*, París, Fayard, 1983.



social. El enfoque *emocionológico* de pioneros como Peter y Carol Stearns se centraba en el lenguaje disponible para la expresión de emociones y las normas por las que se regiría esta expresión en un momento histórico y un contexto cultural determinados. Se trataba de explicar el impacto que habrían tenido las etiquetas emocionales prevalentes en determinados contextos culturales¹⁶.

Si en su estudio monográfico sobre el miedo Bourke se ocupaba del miedo y la guerra en un capítulo en el que iba y venía entre testimonios relacionados con las dos guerras mundiales, en 2005 presentaba una historia lineal del miedo, marcada por el cambio diacrónico (y limitada a fuentes escritas en inglés). Establecía momentos de cambio como 1939, cuando, desde su punto de vista, empezaba a desarrollarse un “estilo psicoanalítico de memorias de guerra”, más arraigado ya en la década de los 60, que mostraban una mayor consciencia del yo, y ponían un mayor énfasis en los detalles, y en la confesión personalizada de recuerdos e historias de batallas.¹⁷ El argumento de Bourke era que si hasta los años 60 el lenguaje del miedo era el “lenguaje de los instintos”, a partir de esa década, se tendería a emplear el “lenguaje de la ansiedad” proveniente del psicoanálisis¹⁸. Este tipo de argumentos pueden resultar persuasivos si lo que se pretende no es tanto el analizar la función de las emociones en la historia como el escribir la “historia de las emociones”.

Una opción intermedia es la de evitar generalizaciones y grandes narrativas marcadas por la evolución, y pararse a mirar de cerca un periodo y ámbito más reducido, como el que nos ocupa aquí: el representado en los escritos autobiográficos en inglés, francés y alemán sobre experiencias en el frente occidental entre 1914 y 1918¹⁹. Si se examina este tipo de discursos sobre el miedo, es posible identificar esquemas dominantes como la distinción entre las emociones de carácter más instintivo, como el “miedo”, que van más unidas a sensaciones corporales, y “sentimientos” asociados con la sensibilidad humana²⁰. En este trabajo no buscamos cambios temporales, sino que nos proponemos analizar las diferencias en la conceptualización del miedo según tres factores. En primer lugar, su duración e intensidad: del pánico al miedo crónico. En segundo lugar, el contexto inmediato o situación en la que se tiene miedo: sus causas, su

50

16. Una de las cuestiones que planteaban es si las experiencias de las emociones variaban dependiendo de las palabras disponibles en cada contexto cultural para nombrar esas experiencias. Por ejemplo, si las rabietas de un niño pequeño y sus padres eran diferentes en culturas en las que no existiera la palabra “rabieta” (*tantrum*) o los juicios y valores con las que suele asociarse esta etiqueta; Peter N. STEARNS y Carol Z. STEARNS, *Anger: The Struggle for Emotional Control in America's History*, Chicago, University of Chicago Press, p. 219. Véase también Peter N. STEARNS, *American Fear: The Causes and Consequences of High Anxiety*, Nueva York: Routledge, 2006.

17. BOURKE, “Fear and Anxiety”, p. 120.

18. BOURKE, “Fear and Anxiety”, p. 121.

19. Entre los escasos trabajos sobre este periodo, cabe destacar el de Jan PLAMPER, “Soldiers and Emotion in Early Twentieth-Century Russian Military Psychology”, *Slavic Review*, 68/2 (2009) pp. 259-283. Basándose en el análisis de escritos rusos de las dos primeras décadas del siglo XX sobre neuropatología, psiquiatría, psicología y psicoanálisis, que él agrupa bajo la categoría de “psicología militar”, PLAMPER analiza la historia del miedo como concepto, y concluye que a partir de 1905 hay un cambio de énfasis: el miedo de los soldados ya no es tenido tanto como síntoma sino como causa de enfermedad mental. A la hora de explicar la proliferación de referencias al miedo en el siglo XX, establece marcadas diferencias entre el (supuesto) sujeto pre-moderno y el (supuestamente autónomo) sujeto moderno, que ya no se somete a la voluntad divina. Sin duda este tipo de explicaciones demasiado generales podrán matizarse mejor analizando más ejemplos concretos de referencias al miedo en sus diferentes marcos socio-culturales, como me propongo hacer en este trabajo.

20. Véase el extracto del diario de Oswin CREIGHTON examinado más abajo.

función y sus consecuencias. En tercer lugar, el contexto sociocultural: creencias, valores y principios (ideas religiosas y conceptos como el del honor o el patriotismo) que hayan podido contribuir a querer ocultar el miedo que se tiene, a restarle importancia, a superarlo, o a que no se entienda o acepte. Partiendo de una discusión general de las posibilidades y limitaciones de los textos autobiográficos como fuentes históricas, pasaremos a examinar, en orden inverso, los factores que contribuyen a la conceptualización del miedo. Para finalizar, ofreceremos un breve análisis del uso de la etiqueta *neurosis de guerra* (*Kriegsneurose*, la denominación alemana de lo que en inglés se dio en llamar *shell-shock*), que surgió en el contexto específico de la Primera Guerra Mundial para referirse a manifestaciones fisiológicas y mentales del miedo crónico²¹.

Fuentes históricas sobre el miedo: posibilidades y limitaciones

Desde principios de la década de los noventa, la literatura testimonial relacionada con la Gran Guerra ha sido objeto de análisis históricos centrados tanto en las mentalidades colectivas como en las sensibilidades individuales²². Intentar documentar las experiencias de los soldados que lucharon en Gran Guerra acudiendo a los diarios y cartas conservadas es una tarea ingente, que quizá no produzca grandes resultados²³. Durante el conflicto se enviaron 28 millones de cartas; los soldados británicos recibieron más de 12 millones de cartas y paquetes. Las cartas de los combatientes empezaron a seleccionarse y publicarse durante la guerra con fines propagandísticos²⁴. Poco a poco, fueron apareciendo testimonios epistolares más variados, como los de las cartas de soldados que publicó al terminar el conflicto Walther Lambach en su ensayo crítico sobre las causas del colapso del imperio alemán²⁵. A las numerosas cartas y diarios que se han ido recuperando, se suman los diversos relatos autobiográficos que se publicaron para promover el pacifismo o para legitimar la guerra, que contribuyeron a lo que George Mosse ha dado en llamar el “mito de la experiencia de la guerra”, y que deben entenderse dentro del amplio marco de interpretaciones contradictorias de la



21. Véanse Mark S. MICALÉ y Paul F. LERNER, *Traumatic Pasts: History, Psychiatry, and Trauma in the Modern Age, 1870-1930*, Cambridge, Cambridge University Press, 2001; Peter LEESE, *Shell Shock: Traumatic Neurosis and the British Soldiers of the First World War*, Basingstoke, Palgrave Macmillan, 2002; Paul LERNER, *Hysterical Men: War, Psychiatry, and the Politics of Trauma in Germany, 1890-1930*, Ithaca, Cornell University Press, 2003; Jason CROUTHAMEL, *The Great War and the German Memory: Society, Politics and Psychological Trauma, 1914-1945*, Exeter, Exeter University Press, 2009.

22. André LOEZ, “Tears in the Trenches: A History of Emotions and the Experience of War,” en Jenny MACLEOD y Pierre PURSEIGLE (eds.), *Uncovered Fields: Perspectives in First World War Studies*, Leiden and Boston, Brill, 2004, pp. 211-226; Antoine PROST y Jay WINTER, *The Great War in History: Debates and Controversies, 1914 to the Present*, Cambridge, MA, Cambridge University Press, 2005; Christophe PROCHASSON, *L’empire des émotions. Les historiens dans la mêlée*, París, Demopolis, 2008.

23. ULRICH, *Augenzeugen*, pp. 78-105; Peter EIGNER, Christa HÄMMERLE y Günter MÜLLER (eds.), *Briefe, Tagebücher, Autobiografien*, Innsbruck/Wien/Bozen, Studienverlag, 2006, pp. 63-75.

24. Véase, por ejemplo, la discusión de John HORNE sobre el tipo de cartas que se publicó en Francia durante el periodo bélico: “Soldiers, Civilians and the Warfare of Attrition: Representations of Combat in France, 1914-1918”, en Franz COETZEE y Maralin SHEVIN-COETZEE (eds.), *Authority, Identity, and the Social History of the Great War*, Oxford/Providence, Berghahn, 1995, pp. 223-250.

25. Walther LAMBACH, *Ursachen des Zusammenbruchs*, Hamburg, Deutschnationale Verlagsantalt, s. f. [1919].

valentía y el heroísmo²⁶. A la vez, los relatos en primera persona sobre el miedo pueden contrastarse con las referencias al miedo que aparecen en otros documentos de la época. Por ejemplo, en el informe médico sobre la “psicosis de la movilización” que publicó Walter Fuchs en el Sur de Baden en 1915, se hacía referencia al clima de preocupaciones, miedo y ansiedad que predomina al comenzar el periodo de movilización de tropas:

A principios de agosto de 1914, los hospitales se iban llenando [de soldados] a una velocidad alarmante, incluso antes de que empezaran las batallas. [...] las instituciones de Baden tuvieron que ayudar a las de las zonas vecinas y ocuparse de los pacientes que llegaban en los medios de transporte de masas. Entre ellos había casos de origen muy diverso, desde alcohólicos en estado de delirio hasta paralíticos; pero la causa inmediata de la mayoría de los casos era la excitación mental y las emociones de ese momento. [...] El estado de ánimo dominante durante los días de la movilización [...] era la preocupación, el miedo y la ansiedad [...] El coronel médico Pfülf afirma que en cada unidad hay hombres que no le tienen miedo al peligro, otros que son capaces de controlar el impulso de su miedo mediante la inhibición producida por su entrenamiento militar y la fuerza bien desarrollada de sus nervios y su voluntad, mientras que un gran número de hombres son pusilánimes hasta el extremo y sólo se les puede forzar a aguantar cuando saben que están siendo observados. Esta clasificación es correcta y se supone pertinente para toda la población.²⁷

Fuchs veía el miedo como algo instintivo que sólo podrían aprender a dominar, si se les proporcionaba un entrenamiento militar adecuado, quienes tenían la suficiente fuerza de voluntad y un sistema nervioso resistente.

A la hora de interpretar y dar significado a experiencias emocionales como la del miedo, la angustia o el tedio en sus cartas, los soldados solían echar mano de ideas como la de patriotismo, relacionadas con conceptos de país o nación que variaban según el contexto geográfico y el nivel cultural de los combatientes²⁸. Por ejemplo, en la carta que le escribió a su madre el 31 de agosto de 1914 Albert Mayer, la primera víctima alemana del conflicto, tres días antes de recibir un balazo mortal, comentaba que todo estaba muy tranquilo y que tenía mucho tiempo para pensar en ella y en todos sus seres queridos. Contaba que el proceso de movilización le resultaba algo “siniestro” y a vez “apasionante”, y añadía:

Quizá esta carta no te llegue nunca; quizá te llegue pronto; quizá te llegue cuando yo y mi regimiento hayan pasado a la región de la no nos puede hacer volver ningún poder terrenal. No es que quiera ser pesimista, pero creo que en cada uno de nosotros reside ahora cierto sentimiento de temor –así que te mando mis mejores deseos para el futuro. Espero que pronto puedas saludar a mi hermano también con su uniforme de soldado. ¿No estás orgullosa de tener tres hijos que puedan luchar por la Patria?²⁹

Philipp Witkop, profesor de literatura alemana de la Universidad de Friburgo, editó en 1916 una colección de cartas de guerra escritas por estudiantes, que fueron reeditadas varias veces. La edición de 1928, que se vendió muy bien con la ayuda de subsidios estatales, incluía cartas que ponían de relieve las dificultades personales y el

26. George L. MOSSE, *Fallen Soldiers: Reshaping the Memory of the World Wars*, Nueva York/Oxford, Oxford University Press, 1990, p. 7.

27. Walter FUCHS, ‘Mobilmachungspsychosen’, *Ärztliche Sachverständigen-Zeitung* 3 (1915), pp. 25-29 (26); citado en ULRICH y ZIEMANN, *German Soldiers*, pp. 24-25.

28. La idea de *Volk* asociada con el idealismo alemán no tenía una contrapartida clara en otras naciones europeas.

29. Rudolf HOFFMANN, *Der Deutsche Soldat, Briefe aus dem Weltkrieg*, Munich, Langen Müller Verlag, 1937, p. 20.

agotamiento de algunos soldados³⁰. Estas cartas, como muchas de las que se conservan de oficiales de ambos bandos, habían sido escritas por miembros de las elites sociales. Los testimonios de estudiantes alemanes en el frente que recoge Witkop demuestran que eran capaces de articular sentimientos complejos y experiencias contradictorias, como vemos en la carta que le escribió a su madre el 14 de octubre de 1914 el estudiante de derecho Franz Blumenfeld, de 25 años, un par de meses antes de morir:

Si algo me pesa todos los días es el miedo a embrutecerme. Eres muy amable al desear mandarme una red antibalas, pero resulta extraño decir que no les tengo miedo, nada de miedo, a las balas o proyectiles; sólo a esta soledad de espíritu. ¡Me da miedo perder la fe en la naturaleza humana, en mí mismo, y en todo lo que es bueno en el mundo! Oh, eso es horrible. Mucho, mucho más difícil de aguantar. Esas cosas me dan igual. Lo que me resulta más difícil de soportar es el tono increíblemente burdo que predomina aquí entre los hombres. El ver heridas pequeñas o peligrosas duele, claro, pero el dolor de todo eso no es tan intenso ni duradero como uno se imaginaría. Claro que se debe en parte a que uno sabe que no puede hacer nada para evitarlo. Pero quizá sea también el principio de una deplorable insensibilidad, casi barbaridad, o ¿cómo es posible que me duela más el soportar mi propia soledad que el ser testigo de los sufrimientos de tantos? ¿De qué sirve evitar todas las balas y proyectiles, si tengo el alma herida?³¹

Esta perspectiva altiva y en cierto modo trascendental, heredera del idealismo decimonónico alemán, contrasta con la perspectiva más modesta de muchas de las cartas y diarios escritos por soldados de origen más humilde, que empezaron a publicarse a partir de finales del siglo XX. Entre estos, destaca por ejemplo el diario de guerra de Georg Schenk, un trabajador de carpintería que tenía 26 años al comenzar la guerra:

Era el 1 de agosto. Toda la población alemana estaba tensa mientras se esperaba la movilización del ejército alemán, después de haber sido declarado el Estado de Asedio el 31 de julio. Yo fui a casa desde Núremberg para despedirme de mis padres. Finalmente, el 1 de agosto a las 6 de la tarde se anunció que se había declarado la movilización, y que ahora todo llegaba al punto culminante. Rodaron muchas lágrimas y se mojaron muchos ojos que llevaban diez años secos. Especialmente lloraban las mujeres y las chicas, porque muchos hombres y muchos chicos jóvenes tenían que salir del país (*Heimat*) para luchar por su patria, que estaba amenazada por Rusia y Francia. Pocos durmieron bien esa primera noche, porque la ansiedad por el marido, la mujer, el novio y la novia era más severa que nunca, porque la gente sabía que lo que estaba a punto de empezar era una guerra muy seria³².

Dada la escala de la movilización, lo que en otras circunstancias se hubiera entendido como un hecho sentimiento privado se había convertido en un fenómeno generalizado, un acontecimiento público.

A medida que ha ido creciendo el interés por escribir historia cultural sobre la Gran Guerra, se ha utilizado una cada vez mayor gama de *documentos*, que incluyen no sólo los diarios de guerra, las cartas y las memorias de soldado, sino también cuentos y novelas. Éstas tienen la ventaja de recrear con mayor inmediatez cómo pudieron ser las experiencias de los protagonistas de la guerra, y lo que fue posible pensar y sentir en aquel momento histórico. A la vez que nos planteamos la viabilidad del uso de las novelas como fuentes para la historia cultural, debemos seguir cuestionando la validez

30. Philipp WITKOP (ed.), *Kriegsbriefe gefallener Studenten*, Munich, Georg Müller, 1928. Esta edición se publicó en inglés al año siguiente; véase la reciente reedición: WITKOP, *German Students' War Letters*, trad. A.F. WEDD, Philadelphia, Pine Street Books, 2002.

31. WITKOP, *German Students' War Letters*, p. 19.

32. BHStA/IV, HS 3410, "Diario de guerra de Georg Schenk"; citado en ULRICH and ZIEMANN, *German Soldiers*, p. 27.



de diarios, cartas, memorias y entrevistas a testigos oculares como fuentes para la escritura de la historia³³.

Si es difícil saber hasta qué punto los relatos autobiográficos alteran los hechos históricos, revalorizando los que resultan más relevantes desde el (diminuto, minucioso, mermado o lúcido) punto de vista del recuerdo más o menos distante de la experiencia personal, no resulta menos difícil separar el hecho histórico de la interpretación personal cuando se trabaja con diarios o cartas como fuentes históricas³⁴. Tanto en los diarios como en las cartas o en las memorias se mezcla lo personal, lo literario y lo histórico. Tomados como *documentos históricos*, los diarios, cartas, memorias y autobiografías noveladas ofrecen un punto de vista de alguien que escribe en primera persona, convirtiéndose así en sujeto y objeto de la narración. No sólo ha sido testigo de hechos que merece la pena contar, sino que esos hechos le han transformado: le han hecho reaccionar al vivirlos y al contarlos.

El escribir cartas o diarios no sólo era una forma de pasar el rato durante los largos periodos de inactividad en las trincheras, mientras se esperaba a que ocurriera algo. También podía servir para mantener la moral o para desahogarse, como se ve en la carta que escribe el soldado alemán Josef Birnbeck el 23 de julio de 1915 desde el frente, nueve días antes de morir, a los 18 años:

Una idea me rondaba la cabeza constantemente: “¡Eres hombre muerto!” Pero creo aún más firmemente que esa eventualidad es muy poco probable. ¡No debería ocurrir y no ocurrirá! Pero la idea me sigue rondando; las muchas patrullas a las que me han enviado y los muchos peligros y miedos que he experimentado han tenido un impacto claro. De hecho, después de todo lo que he pasado, es bastante natural que me imagine a mí mismo muerto. Pero es odioso porque lo veo con mucha claridad. Incluso oigo el sonido de la bala que me causa la muerte, siento el impacto de la bala que penetra en mi cuerpo –y la caída, y yazgo en la parte más frondosa del bosque. Y me entran escalofríos de miedo al pensar en cómo te lo vas a tomar cuando te llegue la noticia –y la añoranza que te tengo me bloquea el dolor... Y con el poco de energía que me queda saco tu foto del bolsillo de pecho –pero ya me va faltando el aliento, la sangre fluye cada vez más oscura y espesa, y entonces –el Dios y Padre Omnipotente, no –¡no puede ocurrir así! ¿Tú crees en ese tipo de señales?³⁵

Vemos cómo el miedo (y quizá la angustia, al haber visto morir a tantos otros) pone en marcha la imaginación. Al escribir, lo que importa no son los hechos concretos que ha vivido, sino las fantasías de lo que intuye que va a ocurrir.

El uso del medio epistolar para desahogarse y compartir angustiosa fantasías que vemos en la carta de Birnbeck contrasta con el estoicismo con el que muchos de los soldados ingleses escribían sobre la muerte, cuando la venían venir. Por ejemplo, el 30 de julio de 1917, dos días antes de morir en un ataque en el que sabía que se iba a jugar la vida, el segundo lugarteniente Glyn Rhys Morgan escribía a su padre desde la trinchera una carta de despedida, intentando consolarle:

33. EIGNER, HÄMMERLE y MÜLLER (eds.), *Briefe*, pp. 63-75; Christophe PROCHASSON, *14–18: Retours d'expérience*, París, Tallandier, 2008.

34. Rachael LANGFORD y Russell WEST, “Introduction: Diaries and Margins,” en Rachael LANGFORD y Russell WEST (eds.), *Marginal Voices, Marginal Forms: Diaries in European Literature and History*, Amsterdam, Rodopi, 1999, p. 8.

35. Josef BIRNBECK, “Carta del 23 de julio de 1915”, en HOFFMAN, *Der Deutsche Soldat*. La carta está traducida al inglés en John L. HEINEMAN, *Readings in European History 1789 to the Present: A Collection of Primary Sources*. Dubuque, Iowa, Kendall/Hunt, 1994, p. 284.

Sé, querido papá, que sabrás soportar la conmoción (*shock*) con tanta valentía como has soportado la tensión de tenerme aquí; pero me gustaría, si es posible, ayudarte a seguir adelante con el coraje con el que yo espero salir de la trinchera.

Creo haberte contado en alguna ocasión que no temo a la Muerte en sí misma; el Más Allá no me produce terror. Estoy bastante satisfecho de morir por la causa a la que dado tres años de mi vida, y sólo espero poder plantarle cara a la Muerte con la valentía con la que he visto morir a otros hombres³⁶.

Un buen número de cartas de oficiales británicos pone de relieve su capacidad de resistencia y supervivencia. Tenemos un claro ejemplo de ello en la carta que escribió el ex-alumno de Eton, Lionel Sotheby, a su madre el 11 de mayo de 1915 desde una trinchera en Aubers (Francia), en la que menciona un momento crítico del que afortunadamente salió ileso:

Tenía miedo de que me cayera encima uno de los proyectiles con los que los artilleros bombardeaban a los alemanes sin cesar, desde sólo 15 metros detrás de nosotros. Ha sido horrible. También tenía miedo de que nos cayeran bombas, como les cayeron luego a los heridos, bombas incendiarias. Pero ya había conseguido volver arrastrándome³⁷.

El tono tranquilizador de esta carta se mantiene en el resto de su correspondencia, incluida la carta, dirigida a sus padres, a su antigua escuela (Eton), a sus amigos y a su hermano, que dejó en un sobre cerrado antes de morir en el combate el 29 de septiembre de 1915. En ella afirmaba ver su propia muerte como un acto honorífico, del que parecía no tener miedo:

Es un honor morir por mi escuela... Es un honor morir por mi país. Pero morir por lo que es justo y por lealtad es un honor aún mayor. Yo así lo siento ahora. Ya que morir es un honor, no os sintáis tristes por mí; más bien alegraros y agradeced que se me haya dado esta oportunidad. Os lo ruego, no lloréis ni lamentéis mi muerte; pero rezad. La vida no es más que una imagen pasajera; dejar que también lo sea en mi caso. [...] Mantened la calma y la tranquilidad porque todo está bien. Se cortan los cables y me voy yendo, disolviéndome en nieblas rosas como en la madrugada, recordándoos a todos. Desde el más allá os llamo con cariño y afecto. Adiós³⁸.

Si bien no sabemos cómo se sintió Sotheby al morir, y si tuvo miedo o no, vemos cómo, para tranquilizar y consolar a las personas que más apreciaba, echó mano de creencias dominantes en su contexto sociocultural, como la idea de que la muerte no es más que un paso al más allá, y de que la muerte por una causa justa es la forma de morir más digna y atractiva.

Una buena parte de las cartas de soldados mencionan explícitamente las emociones de los destinatarios, a quienes intentan consolar, como lo hacían Morgan y Sotheby, o, en ocasiones, simplemente animar, como se ve en la carta que le escribe C. C. Carver el 16 de noviembre de 1916 a su hermano, que está a punto de hacer los exámenes para poder ser admitido en Oxford. Le explica cómo, desde su punto de vista, la mejor forma de combatir el miedo era mantener el buen humor (*being cheerful*), lo que le parece imprescindible para poder ser un buen líder (uno de los objetivos principales de la educación privilegiada que se recibía en Oxford). Añade que a él le servía de gran ayuda el rezar:

36. Glyn RHYS MORGAN, "A su padre, 30.7.1917", en HOUSMAN, *War Letters*, pp. 196-197.

37. Donald C. RICHTER (ed.), *Lionel Sotheby's Great War: Diaries and Letters from the Western Front*, Athens, Ohio University Press, 1997, p. 102.

38. *Ibidem*, p. 142.



En un examen lo único que tienes que temer son los nervios, que se pueden dominar si se ven las cosas con la perspectiva adecuada. Pero sobre todo, intenta estar contento, especialmente por tener oportunidades tan excelentes. El mantener el buen ánimo tiene tanto valor como el oro más fino, y resulta de gran ayuda para los demás. Sin el buen ánimo ningún hombre puede llegar a ser líder, sea en las ideas o en las acciones. Y el liderazgo, cada uno en su medida, es nuestra razón de ser. No sé qué piensas tú de lo que suele llamarse –con cierta aversión– la religión. A mí me parece que en este tipo de trabajo tengo que rezar, rezar mucho y bien, si no, no puedo seguir adelante. Hay que mirar hacia arriba, y el Dios que se ve es un Dios de Esperanza, y el Reino, un Reino de luz y felicidad. Consciente o inconscientemente, uno siempre se imagina el Cielo, y yo siempre termino adentrándome en la idea de un lugar santificado, con harpas y alas y objetos que flotan en el aire, iluminados por una especie de luz blanca incandescente. Pero cuanto te ves a ti mismo avanzando con dificultad, con los pies hundidos en el barro, y ves estallar los proyectiles ante ti, y cadáveres por todas partes, entonces cuando rezas, piensas en toda la felicidad y belleza que has llegado a conocer, y la llegas a entender más de cerca. Por tanto, hermano, sé feliz, que es lo que te toca³⁹.

Vemos cómo a la hora de combatir el miedo y superar las dificultades propias de la guerra, Carver no sólo se servía de ideales religiosos, sino que también utilizaba la imaginación de forma activa para cultivar la esperanza, y poder tener sensaciones más agradables que las de hundirse en el barro, y ver y oler cadáveres.

Además de servir para tranquilizar a la familia, y pedirles noticias, las cartas desde el frente también podían ser vehículo de consejos prácticos sobre cómo sacar adelante pequeños negocios o granjas, que habían quedado en manos de mujeres. Por ejemplo, el soldado de primera del batallón Landsturm Jakob Eberhard le explicaba a su mujer cómo cuidar a los animales de la granja y le preguntaba por sus hijos, además de comentar que se imaginaba lo asustada que debía estar al saber que Italia acababa de entrar en la Guerra. Añadía, como para tranquilizarla: “Italia tendrá su merecido”.⁴⁰ También le contaba que tenía la oportunidad de ir a misa todos los días y de comulgar los domingos. Parece haber estado firmemente convencido de que Dios apoyaba al bando alemán: “Dios nos bendecirá a todos y nos dará la victoria, no nos abandonará porque nuestra causa es justa, María Madre de Dios está con nosotros”⁴¹. La fe religiosa que le animaba no era simplemente una cuestión privada. Aparte de facilitar la asistencia diaria a misa de soldados tan devotos como Eberhard, el ejército alemán celebraba las victorias de su bando con actos simbólicos de carácter religioso como el de hacer tañer las campanas: “anoche tocaron las campanas entre las 9 y las 10 por la gran Victoria de Austria en Przemysl”⁴².

Algunos soldados comentaban explícitamente en sus cartas que les resultaba difícil escribir sobre sus penurias. Por ejemplo, Alois Wagner le escribía su madre, minifundista del sur de Baviera: “hemos tenido que aguantar mucho, y es duro escribir sobre las cosas que nos hemos llegado a encontrar”⁴³. El contenido de su carta parece estar encaminado a reducir la preocupación de la madre por lo que pudiera pasarle en el frente: “bueno, yo mismo me sorprendo de que aún tengo salud y que siempre he conseguido salvar el pellejo. Hay que tener suerte para librarse así”. Le cuenta que

39. C. C. CARVER, “[A un hermano], 16.11.1916”, HOUSMAN (ed.), *War Letters*, p. 67.

40. Jakob EBERHARD, “Carta a su mujer Anna en Bruck (Distrito Neuburg a.D.) del 26 de mayo 1915”; colección privada; citada en URLICH y ZIEMANN, *German Soldiers*, p. 52.

41. EBERHARD, “Carta del 26 de mayo de 1915”.

42. EBERHARD, “Carta del 26 de mayo de 1915”.

43. Alois WAGNER, “Carta del 15 de noviembre de 1915”, colección privada de Benjamin ZIEMANN; citada en URLICH y ZIEMANN, *German Soldiers*, pp. 54-55.

mantiene el ánimo: “a pesar de todo, estoy siempre de buen humor. Espero volver a verte”⁴⁴. Nunca sabremos si Wagner realmente conseguía mantener el buen humor, o si el hacer este tipo de afirmaciones por escrito le servía de alguna manera para cultivar esta actitud, pero podemos imaginar el efecto que tendría para las madres el leer que sus hijos estaban bien de salud y que seguían animados. Como es de esperar, y como se observa por lo general en las cartas que los soldados les enviaron a sus madres o a sus esposas, Wagner omite los detalles más horripilantes de la guerra.

Con el tiempo, el contenido de las cartas de los soldados también fue adaptándose a la censura, que empezó a ser más estricta a partir de 1916⁴⁵. Entre las múltiples referencias a la censura, encontramos la de Hugh Drummond Pearson, que escribe desde el Mar Rojo el 2 de julio de 1916: “ojalá tuviera más que contar, pero parece que he agotado lo que se puede escribir en una carta y hay mucho más de que hablar que probablemente ofendería al censor”⁴⁶. Lo que escribían los soldados estaba sometido a censura por dos motivos principales: para evitar que se filtrara información secreta al enemigo, y para transmitir a las familias la idea de que los soldados estaban bien, y así conseguir mantener el apoyo popular a la guerra.

El utilizar cartas como documentos históricos no nos permite reconstruir cómo se sintieron los soldados. Nos ayuda a entender cómo se servían de ellas para mantener lazos de afecto, e intentar aliviar de alguna manera los posibles miedos y preocupaciones de quienes habían quedado en su pueblo o ciudad de origen, sin saber si volverían a verles. El contenido de las cartas de los soldados no sólo estaba determinado en gran medida por las expectativas de los destinatarios, sino que también dependía de valores socioculturales y de creencias políticas o religiosas que los soldados compartían, o deseaban compartir, con sus familias.

Los diarios de guerra, en principio, no estaban sujetos a este tipo de normas implícitas. Sin embargo, a veces no parece haber grandes diferencias entre cartas y diarios. A pesar de que los diarios suelen tener carácter privado, íntimo y secreto, y carecer de destinatario, en la práctica un buen número de los diarios de guerra de soldados británicos parecen haberse escrito para ser leídos. Son, en su mayoría, el legado consciente de jóvenes de clase acomodada que no saben si sobrevivirán la guerra, y que al hablar de sí mismos realzan cualidades y actitudes, como la valentía, el estoicismo y el sentido del humor que eran de esperar en los jóvenes de su grupo social. Por ejemplo, al hablar de su visita a Amiens, Robert Lindsay Mackay se ve a sí mismo como un caballero británico que, como tal, no tiene miedo:

Pasamos la noche en Hotel Belfort. Desafortunadamente las habitaciones que nos dieron estaban en el último piso, y a sólo 100 yardas de la estación. Por supuesto, los alemanes vinieron a bombardear la estación. Como sabíamos que a menudo los proyectiles y bombas caían justo a 100 yardas de su objetivo, casi teníamos miedo (*we were almost*

44. WAGNER, “Carta del 15 de noviembre de 1915”.

45. Por ejemplo, la censura militar alemana se centralizó en abril de 1916; hasta esa fecha lo normal es que los oficiales de compañías y regimientos leyeran una selección de las cartas que se enviaban; ULRICH, *Augenzeugen*, pp. 78-105.

46. Frederic A. SHARK (ed.), *Letters from Abyssinia, 1916 and 1917, Written by Major Hugh Drummond Pearson, R.E. With Supplemental Foreign Office Documents*, con comentarios y notas de Richard PANKHURST, Hollywood, Tsehai Publishers, 2004.



frightened). Sin embargo, nos dimos la vuelta, decididos a morir como señores – ¡en la cama!⁴⁷

Aparte de servir para entretenerse durante los largos periodos de inactividad en el frente, muchos de los diarios escritos por soldados durante la Gran Guerra parecen tener un claro carácter de testimonio; parecen estar pensados como una especie de reportaje destinado a informar (y a veces hacer pensar) a quienes no tenían la oportunidad de vivir la guerra de cerca. Un ejemplo de este tipo de diario es del Reverendo Oswin Creighton, del que puede leerse un extracto en la colección de cartas publicada en 1930 por el poeta y dramaturgo pacifista Laurence Housman. Creighton describe su reacción de consternación e incompreensión una mañana de lunes a principios de 1917, durante la batalla de Arras (Francia), cuando vio caer un avión alemán incendiado en pleno vuelo, sin que le dispararan. Al acudir todos a ver los restos, encontraron

dos bultos negros, carbonizados, que minutos antes habían sido hombres activos, que no tenían miedo. No era una visión placentera para sentimientos delicados como los míos. Me sentí bastante consternado, y no conseguí quitármelo de delante en todo el día y toda la noche. Pero después de todo, ¿qué significaba todo esto? –la futilidad más completa de la violencia y la fuerza. Otro ejemplo de ignorancia⁴⁸.

Creighton no habla del miedo sino de la consternación, y no entiende para qué les había servido la valentía a los presuntos enemigos que habían quedado calcinados. Aprovecha su posición como testigo para cuestionar lo que ve tanto de cerca como de lejos:

58

Estamos hipnotizados por una prensa sin escrúpulos. Continuamente se nos enseña a odiar a los alemanes, y a rechazar el pensar o hablar sobre la paz. Se nos habla de una causa gloriosa hasta que apesta en las narices del hombre mediocre. Todos sabemos que tenemos que luchar mientras llevemos uniforme, y así nos hemos comprometido a matar brutalmente a tantos alemanes como podamos. Pero yo me niego completamente –y les digo a los soldados que también se nieguen– a odiar al Kaiser o a cualquiera de ellos, o a creer que estoy luchando por una causa gloriosa, o por lo que me digan los periódicos⁴⁹.

Al escribir su diario, Creighton no sólo se define a sí mismo como un eclesiástico de refinada sensibilidad que no tiene miedo ni odia porque antepone la razón a emociones inútiles; también describe a quienes le rodean en el frente: “los hombres no quieren pensar o aprender. Son animales cansados, empapados, pacientes, hambrientos, alegres y bonachones”⁵⁰. Al hablar así de los soldados, y atreverse a cuestionar la guerra y la propaganda periodística, está adoptando una perspectiva más parecida a la del ojo de pájaro que a la del gusano.

La perspectiva distanciada de Creighton se asemeja a la que adopta el narrador-protagonista de *El miedo* de Chevallier, en las primeras páginas de la novela, al contar cómo responden los franceses –ellos con entusiasmo y ellas con lágrimas– a la movilización general. Desde la posición privilegiada que le da el haber recibido una formación intelectual, utiliza la narración para cuestionar la guerra y el reclutamiento

47. Robert Lindsay MACKAY, “Personal Diary of Lt. Mackay while Serving in France 33 with the 11th Battalion, later the 1st/8th Battalion Argyll and Seaforth Highlanders, September, 1916 to January, 1919,” Imperial War Museum, Londres.

48. Reverendo Oswin CREIGHTON, “Diario-carta de principios de 1917”, en Laurence HOUSMAN (ed.), *War Letters of Fallen Englishmen*, Londres/Nueva York, E. P. Dutton, 1930, p. 78.

49. CREIGHTON, “Diario-carta”, p. 79.

50. “Diario-carta”, p. 80.

forzoso, y la primera persona del plural para dar cuenta de la respuesta masiva a la movilización, que había permitido a los franceses demostrar que no tenían miedo: “¡Hay que ir a la guerra, la suerte está echada! ¡No hay miedo, se irá! Seguimos siendo los franceses de siempre, ¿o no?”⁵¹. De ahí pasa a la tercera persona para ofrecer un punto de vista más crítico: al querer demostrar no tener miedo, los hombres evitaban pensar; no reflexionaban, sino que se creían lo que se les contaba o enseñaba; actuaban como “mansos corderos”⁵².

Sin embargo, el testimonio novelado que nos ofrece Chevallier en *El miedo* difiere del de Creighton al presentar en muchas más páginas la evolución del protagonista que va sufriendo un proceso de deshumanización, haciéndose eco de penurias y experiencias aterradoras a las que se vieron sometidos muchos de los combatientes de la Gran Guerra. La primera reacción de miedo que se describe en la novela es una experiencia colectiva que les ayuda a salvarse. Es un miedo repentino e intenso que les permite ser más ágiles, como animales salvajes, y les hace desprenderse de atributos humanos como los sentimientos de compasión. No sienten piedad hacia los heridos que van quedando atrás ni se paran a pensar en valores humanos como el honor o la valentía:

El pánico nos acicateó para mover el culo. Salvamos como tigres los cráteres de obuses humeantes, cuyos labios estaban heridos, superamos las llamadas de nuestros hermanos, esas llamadas salidas de las entrañas y que conmovían las nuestras, superamos la compasión, el honor, la vergüenza, ahuyentamos de nosotros todo lo que es sentimiento, todo lo que eleva al hombre, pretenden los moralistas, ¡esos impostores que no saben lo que es estar bajo los bombardeos y exaltan el valor! Fuimos cobardes, a sabiendas, y sin poder ser más que eso. Regía el cuerpo, mandaba el miedo.

Corrimos más que nunca, con el corazón machacado por el golpear de la desbandada de nuestros órganos, con tal aceleración de la sangre que hacía crepitar ante nuestros ojos destellos de color púrpura, que nos alucinaba con nuevas explosiones. Preguntábamos: “¿Y los ramales? ¿Dónde están?”

Unas ráfagas nos cercaron de nuevo, nos ahogaron de angustia. Luego las dejamos atrás, nos alejamos del pueblo.⁵³

Se establece aquí un claro contraste entre la valentía como valor moral y el miedo como algo instintivo que se manifiesta y se siente a través cuerpo.

La función del miedo: más allá del instinto

El miedo es una de las emociones que parecen más universales porque a menudo va asociado a comportamientos y alteraciones fisiológicas reconocibles, como la huida o la palidez repentina. Sin embargo, la comprensión de lo que es y ha sido el miedo requiere cierto conocimiento de las creencias y valores mediante los que se han venido interpretando en momentos y contextos históricos específicos las situaciones que producen miedo y las señales físicas que lo manifiestan. No podemos esperar que simplemente examinando rastros históricos de emociones (sea en archivos, en objetos, o en textos impresos) logremos entender cómo se sentían realmente los individuos. Los psicólogos sociales Cristian Tileagă y Jovan Byford sugieren que, para saber algo más, haría falta complementar la investigación histórica con ideas extraídas de la psicología y

51. *El miedo*, p. 17.

52. *Ibidem*, p. 17.

53. *Ibidem*, p. 79.



otros campos afines.⁵⁴ Como apuntaba Bourke, la respuesta que dé un historiador a la pregunta “¿qué es el miedo?” depende no sólo de la situación en la que emerge esa emoción sino también de sus propias teorías psicológicas y filosóficas, sean implícitas o explícitas⁵⁵. Una de las teorías explícitas de Bourke es la distinción entre el *miedo*, entendido como un estado mental relacionado con un peligro identificable, y la *ansiedad*, o estado de alteración mental que no tiene una causa externa directa⁵⁶.

Además, resulta evidente que cuando los historiadores hacen uso de términos que suelen utilizarse en psicología, como *emoción*, *motivación* o *memoria*, no pueden establecerse equivalencias o hilos directos entre periodos históricos diferentes, entre disciplinas, o incluso dentro de cada disciplina. Ninguno de estos conceptos tiene un significado único. Todos ellos pueden convertirse en objeto de estudio, pero no deberían objetivarse o cosificarse. Como ya señalaba Quentin Skinner en su seminal artículo de 1969 sobre la historia de las ideas, éstas no pueden cosificarse (*reified*), como si pertenecieran a una “gran cadena ontológica” (*great chain of being*), que además de artificial resulta anacrónica⁵⁷. Para entender las ideas de un texto hay que atender a su contexto histórico. La palabra “miedo” no evoca una experiencia o concepto universales, sino un variado conjunto de ideas y sensaciones que dependen en gran medida del marco histórico, social y cultural en las que se inscriben. Como apuntan Nancy Berthier y Vicente Sánchez-Biosca en su estudio sobre las retóricas del miedo, el uso de la palabra “miedo” en el relato de Chevallier “carece de fijeza semántica; en realidad, recubre sentidos muy distintos: la angustia de la espera, la desorientación en el espacio, la visión premonitoria de la muerte o la efervescencia irreal en la contemplación de la mutilación y la muerte de los otros”⁵⁸. En parte, el miedo que describen Chevallier y otros veteranos de la Primera Guerra Mundial es consecuencia de la tecnología militar y las estrategias de combate utilizadas por ambos bandos. Mientras se multiplicaban los asaltos con granadas, metralletas, bayonetas, lanza llamas y gas asfixiante, se iban cavando hondas trincheras de las que con frecuencia resultaba imposible salir durante días. La inactividad forzosa, sumada al horrendo y ensordecedor ruido de los proyectiles de artillería, que levantaban la tierra al caer en ángulo, fueron causa directa de muchas de las experiencias paralizantes de shock, angustia y miedo que describen los veteranos en sus memorias.

Por otra parte, a la hora de verbalizar, durante la Gran Guerra y en las décadas siguientes, las complejas experiencias vividas en el frente, se echaba mano de ideas aprendidas sobre el miedo, la valentía, la heroicidad y el patriotismo. Una de las ideas prevalentes en el primer tercio del siglo XX es la de que el miedo, a diferencia de sentimientos como la compasión o la vergüenza, está relacionado con instintos animales. En *Principios de psicología* (1891), William James distinguía entre hábitos aprendidos e instintos animales, explicando éstos como procesos “reflejos” y

54. Cristian TILEAGĂ y Jovan BYFORD (eds.), *Psychology and History: Interdisciplinary Explorations*, Cambridge, Cambridge University Press, 2014.

55. BOURKE, *Fear*, p. 159.

56. Una gran parte de los discursos existentes sobre la ansiedad la ven como un estado de larga duración relacionado con una amenaza subjetiva, frente a la objetividad de la amenaza que causa el miedo; véase Bourke, *Fear*, p. 189.

57. Quentin SKINNER, “Meaning and Understanding in the History of Ideas”, *History and Theory*, 8 (1969), pp. 3-53.

58. BERTHIER y SÁNCHEZ-BIOSCA (eds.), “Introducción”, p. 1.

“semiautomáticos” relacionados con la supervivencia⁵⁹. Establecía relaciones directas entre instintos y emociones al afirmar que “todo objeto que estimule algún instinto también estimula las emociones”, aunque también ponía de relieve las diferencias entre estos dos tipos de procesos al aclarar que el ámbito de las emociones es el cuerpo propio, mientras que “las reacciones instintivas van más allá y establecen conexiones con el objeto estimulante”⁶⁰. Las sofisticadas explicaciones de James venían a reforzar esquemas cartesianos que asociaban el miedo al ámbito corporal, instintivo y animal, que podía ser dominado mediante hábitos aprendidos.

El miedo, como los instintos, puede tener una función positiva a la hora de garantizar la supervivencia. Puede llevar a comportamientos (como los de salir huyendo para evitar ser apresado, mutilado o matado) que en esa situación resulten la opción más racional. Por ejemplo, en uno de los primeros relatos testimoniales incluidos en *I was There* de Hammerton, el médico y lugarteniente coronel Arthur Osborn relata el momento, en agosto de 1914, en que al ver llegar a dos de sus hombres, “pálidos y excitados” tras su encuentro inesperado con soldados alemanes, salió huyendo al galope del improvisado hospital que había montado en el Ayuntamiento de Thulin con la ayuda de curas y monjas belgas⁶¹. Fue una huida marcada por el pánico (*a panic stricken dash*)⁶².

Por otro lado, el provocar miedo puede tener funciones prácticas, como la de establecer relaciones de poder o afirmar la superioridad de un grupo social sobre otro. En ese sentido, Osborn alude al miedo que consiguieron provocar el 23 de agosto de 1914 en Thulin los soldados de caballería británicos al mando de Hornby, al perseguir, atacar “gritando, con sus largas y rectas espadas”, y matar o capturar a los soldados alemanes de caballería, que no eran más que campesinos bávaros uniformados, que no sabían manejar su enormes lanzas⁶³. No se trataba tan sólo de establecer la superioridad de una nación sobre otra, sino de reforzar el sentimiento de orgullo de pertenecer a un grupo social superior al de los campesinos poco entrenados para la guerra⁶⁴.



Causas y consecuencias del miedo

El miedo puede ser simplemente una respuesta natural a indicios directos de peligro, como el estruendoso traqueteo del primer ataque alemán en Mons, una tarde de agosto de 1914, que le produjo a Osborn un miedo desvanecedor:

Se me cayó el alma a los pies. En ese momento se me vinieron encima los primeros y peores momentos de consternación (*dismay*) –de miedo (*fear*)– de la guerra. Después me vería a menudo en situaciones de peligro a las que reaccionaba en parte con indiferencia por puro agotamiento, desgaste de nervios y fatiga, y sin embargo con frecuencia –como creo que les ocurría a casi todos los demás– caminaba con miedo, o al menos con temor (*apprehension*), una figura alta y gris que avanzaba junto a mí y nunca

59. William JAMES, *The Principles of Psychology*, 2 vols., Nueva York, Holt, 1890-1891, vol. 1, p. 5.

60. *Ibidem*, vol. II, p. 442.

61. Arthur OSBORN, “I Walked with Fear”, en Hammerton (ed.) *I was There*, p. 55.

62. *Ibidem*, p. 56.

63. *Ibidem*, p. 51.

64. Los soldados eran conscientes de la función del miedo como arma estratégica. El provocar miedo en el enemigo era una forma de dirigir sus acciones, como señalaba Sotheby en los comentarios que escribió en el diario el 4 de marzo de 1915: “la idea era que los enemigos temerían ser atacados y traerían sus reservas hacia esta zona”; RICHTTER, *Lionel Sotheby's Great War*, p. 78.

se alejaba. El estruendo grave de la artillería podía llegar a ser estimulante, pero el traqueteo furioso de los fusiles es algo que odiaré de por vida.⁶⁵

Vemos cómo, cuando la amenaza es continua, el miedo puede llegar a hacerse crónico y habitual, y pasar a producir una sensación constante. Lo que podría haber sido una respuesta aislada a un hecho aislado se iba complicando con otros factores típicos de la guerra, como el del “desgaste de nervios” (lo que hoy llamamos estrés), y el agotamiento. Estos factores, según sugiere Osborn, hacían aumentar el temor, aunque también tenían el efecto contrario de inhibir la respuesta, produciendo un estado de indiferencia.

Otros soldados menos afortunados, como el francés Robert Desaubliaux, que se reincorporó a las filas tres días después de haber sufrido una contusión producida por un proyectil de artillería, señalaban cómo iba incrementándose el miedo, dando lugar a cambios fisiológicos y comportamientos que resultaban exagerados y difíciles de entender: “¿pero habré perdido la valentía? Cada proyectil me dejaba helado y me hacía acurrucarme en un rincón de la trinchera. ¡Muévete, cobarde! Estaba envuelto en un sudor frío y más nervioso que nunca”⁶⁶.

Si el agotamiento contribuía a aumentar la sensación de miedo, éste también exacerbaba el cansancio al impedir dormir. El no dormir podía ser una consecuencia del miedo, pero también tenía efectos prácticos como los de proteger a otros. Por ejemplo, el Capitán Arnold Gyde contaba cómo durante la retirada de Mons, entre el 24 de agosto y el 6 de septiembre de 1914, tenía tal miedo a que les sorprendieran las tropas alemanas que no lograba conciliar el sueño mientras sus soldados dormían. Aparte del frío y la humedad, le parecía que debía tomar las debidas precauciones porque era responsable de la vida de sus 60 hombres⁶⁷.

El ser tomado por sorpresa era frecuente, y producía reacciones fisiológicas visibles, como la de palidecer. Aubrey Wade, autor de *Gunner on the Western Front* (publicado en 1936 y en 1959), describe el momento del atardecer del 11 de Octubre de 1917 en que, tras haber dado el alto al fuego por ese día, fueron bombardeados de forma tan continua y violenta que “se pusieron blancos de miedo” y se encogieron tanto como pudieron en la trinchera, mientras esperaban a que les “aniquilaran”⁶⁸. Tras una semana de continuos bombardeos de cada vez mayor magnitud e intensidad, sus reacciones fisiológicas se habían ido intensificando de tal manera, que la situación les resultaba inaguantable: “la naturaleza humana no podría aguantar mucho más esta agonía prolongada; nos sentíamos deshechos, y cada silbido de bomba nos agarrotaba de miedo”⁶⁹.

Mientras unos aguantaban lo inaguantable, otros desertaban, o se producían así mismos heridas que les permitieran alejarse del frente. Entre los comentarios sobre el comportamiento de los soldados rasos británicos (*Tommies*) que había escrito el oficial Lionel Sotheby en su diario el 15 de enero de 1915, encontramos una curiosa distinción

65. OSBORN, “I Walked with Fear”, p. 51.

66. Citado en CRU, *Temoins*, p. 128. Véase la reciente edición, Robert DESAUBLIAUX, *La Ruée, journal d'un poilu* (1920), París, Presse de la Renaissance, 2005.

67. Arnold GYDE, “The Terror and Tribulation of those Fateful Days”, en *I Was There*, p. 64.

68. Aubrey WADE, “We Were Haggard with Fear”, en *I Was There*, p. 1.361.

69. *Ibidem*, p. 1.364.

entre los soldados que se fingían enfermos y los que se automutilaban⁷⁰. A los unos los veía como desertores y cobardes, mientras que a los otros los disculpaba, alegando que al menos eran valientes:

El hombre de la línea de tiro que está harto del frío y de estar expuesto quiere volver a casa; para alcanzar ese objetivo, levanta la mano o el pie y lo mantiene en alto hasta que recibe un tiro. Entonces grita que le han herido y se lo llevan en la ambulancia esa misma noche. Hay otros que se infligen heridas de fusil. Me lo han dicho muchos oficiales y sargentos que vienen del frente, y por tanto, desafortunadamente, debe ser cierto, por muy deplorable que sea. A esos hombres no puede clasificárseles entre los gandules y desertores porque, innegablemente, se requiere cierto grado de valentía para ponerse al descubierto sin necesidad y esperar a recibir un balazo, o para infligirse heridas. Por tanto esos hombres no son tan malos aunque no le sirven de gran utilidad al país si se comportan así; si no hubiera trincheras, no encontraríamos mejores soldados, así que es extremadamente injusto clasificarles con los otros [los gandules y desertores]. No hay duda de que se requiere una resistencia y fortaleza excepcionales para aguantar 36 horas y a veces muchos días en una trinchera, con barro hasta las rodillas, una lluvia torrencial, y a veces una dura escarcha, sin alimentos, como cuando aumenta la vigilancia del enemigo para que no llegue el avituallamiento. Así que la gente de Inglaterra, cuando oiga hablar de esta gente, no debería condenarles sin permitirles explicar su punto de vista porque no todo el mundo tiene el mismo grado de resistencia y vitalidad⁷¹.

Mientras unos se automutilaban para evitar morir, otros preferían morir a quedarse inválidos, como señala Walter Ludwig en el estudio sobre la psicología del miedo en tiempos de guerra que publicó en 1920, basado en observaciones y encuestas que realizó durante el tiempo que pasó en el Frente Occidental como oficial de reserva: “temen las lesiones graves, especialmente cuando piensan en la invalidez permanente. Imaginarse tullido es suficiente [...] para querer desear la muerte”⁷².

Cuando las tropas se desbandaban en territorio ocupado por el enemigo, la única opción para evitar la muerte era esconderse. Para poder sobrevivir, era necesaria la complicidad de algún lugareño que fuera lo suficientemente compasivo y valiente para arriesgar la vida. El *I was there* de Hammerton incluye un curioso relato, aparentemente autobiográfico (aunque no podemos saber si lo redactó él mismo), del soldado de caballería británico Patrick Fowler, que pasó cuatro años metido en un armario de dos puertas en casa de una mujer francesa, Mme Belmont-Gobert, del pueblo de Bertry. En primera persona, se cuenta que Fowler había ido a parar ahí tras pasar meses de penurias y “ansiedad” (*anxiety*) en un bosque, tratando de evitar ser capturado. Desde el armario oía tomar café, cotillear, reírse y pelearse a los soldados alemanes que estaban alojados en la casa. Uno de los momentos en que tuvo más pavor (*dread*) fue cuando entró una vecina con su perro, que empezó a olisquear el armario. Los alemanes, que registraban las casas con regularidad, habían colgado carteles anunciando que el esconder a soldados aliados conllevaba la pena de muerte. Para evitar que Fowler fuera capturado durante uno de los registros, Belmont-Gobert le vistió de mujer y le ocultó unos días en un granero subterráneo a las afueras del pueblo; en otra ocasión, le escondió bajo el colchón. Diez años después de finalizar la guerra, esta mujer, a la que Hammerton

70. Sobre las automutilaciones, véase Ashley EKINS, “‘Chewing Cordite’: self-inflicted wounds among soldiers of the Great War”, en Ashley EKINS y Elizabeth STEWART, *War Wounds: Medicine and the Trauma of Conflict*, Wollombi, Exisle, 2011, pp. 41-59.

71. RICHTER (ed.), *Lionel Sotheby's Great War*, p. 16.

72. Walter LUDWIG, ‘Beiträge zur Psychologie der Furcht im Kriege’, en William STERN y Otto LIPMANN (eds.), *Beihefte zur Zeitschrift für angewandte Psychologie no 21: Beiträge zur Psychologie des Krieges*, Leipzig, J. A. Barth, 1920, pp. 125-172 (165ff); citado en *German Soldiers*, p. 70.



califica de “intensamente valerosa”, recibió una recompensa y la Orden del Imperio Británico; el armario fue expuesto en el Museo de la Guerra de Londres⁷³. El miedo de Fowler estaba relacionado con el instinto de supervivencia, como el de muchos soldados, si bien derivó de causas inmediatas distintas y se manifestó de forma bastante peculiar. El instinto de supervivencia y el miedo le hubieran resultado de escasa utilidad de no haber sido por la ayuda de Belmont-Gobert y su familia, que no temieron las consecuencias de su heroico acto de compasión.

El miedo como síntoma

Hay abundantes fuentes autobiográficas que describen estados de miedo crónico causados por experiencias de miedo intenso, o al haber sido testigo de sucesos horripilantes, como lo fue Arthur Hubbard, el soldado británico diagnosticado de “neurosis de guerra” (*shell-shock*) en el hospital de East Suffolk and Ipswich, que escribía a su madre el 7 de julio de 1916 para explicarle que ya no estaba en Francia porque había visto “algo terrible que no olvidaría nunca jamás”⁷⁴. La inmovilización y exposición prolongadas a los proyectiles de artillería fue dejando mella en los supervivientes y llegó a producir un tipo de miedo crónico que dio en llamarse *shell-shock* o neurosis de guerra. André Leri, profesor de medicina de la Universidad de París, explicaba en *Commotions et émotions de guerre* (1918) cómo

tras un fuerte shock emocional, acompañado o no de conmoción física y heridas, el valiente soldado se convierte en un cobarde. Ya no le queda nada de su valor guerrero. Cuando oye disparos, tiene miedo, tiembla, y no puede esconderse ni vencer su confusión. Le ha asaltado un tipo de *anafilaxis* emotiva; ya no es capaz de resistir la agonía del campo de batalla. Se ha convertido en un inválido moral, que ha perdido la valentía⁷⁵.

El enciclopédico estudio sobre *neurosis de guerra* y otros problemas neuropsiquiátricos publicado por Elmer Southard en Boston en 1919, contiene 589 resúmenes de casos clínicos (anteriormente publicados en inglés, francés, italiano, ruso, español, holandés, lenguas escandinavas, o alemán). Entre estos encontramos el caso, estudiado por G. L. Duprat, de un ganadero de 39 años que había tenido experiencias de *shock* en el frente, como la de quedar enterrado dos veces en un día (23 de mayo de 1916), y que llevaba cuarenta días soñando que los *boches* le querían decapitar⁷⁶. A otro soldado, que había quedado enterrado dos veces en una mañana de marzo de 1915 y que había regresado a su batallón tras cuatro o cinco días en el hospital, la experiencia del enterramiento le había cambiado el carácter. Si antes había mostrado indiferencia por el

73. Patrick FOWLER, “My Four Years in a Frenchwoman’s Cupboard”, en *I Was There*, p. 287.

74. Arthur H. HUBBARD, Carta del 7 de julio de 1916, “Letters Written May-November 1916”, ‘Mother and All’, Imperial War Museum, Con Shelf. Véase Joanna BOURKE, “Effeminacy, Ethnicity and the End of Trauma: The Sufferings of ‘Shell-shocked’ Men in Great Britain and Ireland, 1914-39”, *Journal of Contemporary History*, 35/1 (2000), 57-69.

75. André LERI, *Commotional and Emotional Aspects*, Londres, University of London Press, 1919, p. 118; citado en Eric LEED, “Fateful Memories: Industrialized War and Traumatic Neuroses”, *Journal of Contemporary History*, 35/1 (2000) pp. 85-100.

76. G. L. DUPRAT, “Rôle des complexus idéo-affectifs et de l’*onirisme* dans les syndrômes émotionnels”, *Progres médicale*, 43 (1917) pp. 357-360; citado en Elmer E. SOUTHARD, *Shell-shock and Other Neuropsychiatric Problems Presented in Five Hundred and Eighty-nine Case Histories from the War Literature, 1914-1918*, Boston, W.M. Leonard, 1919, p. 63.

peligro, ahora se sentía atemorizado (*apprehensive*) cada vez que le tocaba estar en la línea defensiva, y le entraba un impulso casi irresistible de volver a la retaguardia. Fue condenado a cinco años de cárcel en junio de 1915, pero volvió al frente. Se fugó dos veces más, se le juzgó en Consejo de Guerra, y terminó en manos de un psiquiatra⁷⁷.

En el testimonio que presentó J.F.C. Fuller al Comité de la Oficina de Guerra de Londres en 1921, explicaba la neurosis de guerra como la externalización de un terror interno, que debía distinguirse del miedo físico:

He notado que el hombre normal y sano que llegaba de Inglaterra mostraba claras señales de miedo físico con los primeros disparos. Poco a poco este miedo iba perdiendo intensidad y era sustituido por un tipo de insensibilidad (*callousness*) que a veces aumentaba hasta el punto de no preocuparse de protegerse. Noté en varios casos que en las fases avanzadas de este estado se quebrantaban mentalmente con facilidad, o mostraban un nerviosismo que puede definirse como terror mental, más que miedo físico. Lo que noté era que primero el hombre tenía un miedo sano motivado por lo que estaba pasando, luego se volvía insensible y después, en ocasiones, llegaba a obsesionarse con el miedo⁷⁸.

El miedo de los veteranos no podía verse como algo físico, dada la ausencia de amenazas objetivas. Ya no era el miedo del cuerpo, si bien seguía manifestándose a través de él.

Erich Maria Remarque, que pasó más de un año en el hospital después de haber estado tres semanas en el frente, sufrió un episodio de depresión en el otoño de 1928 que le hizo encerrarse en casa y no poder acudir a su trabajo como editor de una revista de deportes:

Sufría ataques crónicos de ansiedad y confusión. Para superarlos intenté, de forma consciente y sistemática, descubrir la causa de mi depresión. Durante este análisis retrospectivo volví a mi experiencia bélica. Pude observar algo parecido en muchos de mis conocidos y amigos: todos estábamos –y con frecuencia seguimos estando– inquietos, indecisos, a veces excitados y a veces indiferentes, pero siempre profundamente tristes. La sombra de la guerra seguía cerniéndose sobre nosotros incluso cuando no pensábamos en ella. El día en que me di cuenta de esto empecé a escribir⁷⁹.

En seis semanas escribió *Sin novedad en el frente*, un testimonio novelado que dio mucho de qué hablar.

Conclusión

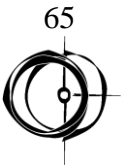
En la introducción que escribió Housman en 1930 a su edición de cartas de soldados reflexionaba sobre la valentía y su relación con el miedo:

La valentía es un enigma; no es una simple virtud porque no todos la adquieren de la misma forma. Los hombres consiguen ser valientes de formas diferentes. El hombre que tiene miedo de tener miedo, el hombre que tiene miedo y lo demuestra, pero sigue adelante; el hombre que siente miedo y es capaz de ocultarlo; el hombre que no siente miedo: todos tiene el don o la gracia de la valentía dentro de sí mismos; pero actúa sobre sus almas de formas muy diferentes, a algunos les llega como un instinto, a otros como una tentación evitada a duras penas –a veces conseguida sólo con tal tensión que,

77. SOUTHARD, *Shell-shock*, p. 64.

78. *Report of the War Office Committee of Enquiry into 'Shell-shock'* (1922), Londres, Imperial War Museum, 2004, p. 29.

79. Citado en MÜLLER, *Der Krieg und die Schriftsteller*, p. 43.



al final se vienen abajo. También hay que tener en cuenta la idea, que algunos no aceptan, de que el hombre que se rinde ante la cobardía no siempre puede evitarlo: puede que sea una debilidad que es incapaz de controlar⁸⁰.

Estas reflexiones de Housman, basadas en la evidencia de las cartas que estaba a punto de sacar a la luz, quizá servirían para ayudar a sus lectores a entender el trauma de muchos veteranos que en 1930 aún no se habían recuperado. Quizá sirvan también para apoyar la idea, que intenta transmitirse en este artículo, de que los discursos del miedo (o de cualquier otra emoción) no están separados de las situaciones socio-históricas a las que contribuyen a dar significado. Afirmaba Bourke, aludiendo al enfoque de William Reddy, que “el acto de hablar (o escribir) sobre el miedo que uno tiene cambia la sensación del miedo”⁸¹. Esta afirmación tienen una validez relativa, dependiendo del tipo de miedo del que se esté hablando o escribiendo: si se trata de un pánico intenso que impide hablar o que obliga a salir huyendo, o si es un miedo crónico. También depende de la distancia temporal entre el acontecimiento que provoca el miedo y la posición desde la que se habla o escribe sobre éste: si la amenaza sigue estando presente, si ha quedado atrás, si se escribe sobre ella en una carta o diario, o si se la recuerda veinte o sesenta años después en una entrevista, un artículo o un libro de memorias para el gran público.

El poder transformativo de la narración escrita u oral del miedo no sólo afecta al que escribe o habla, sino también al que lee o escucha. Las descripciones y comentarios de los soldados y veteranos de la Gran Guerra sugieren que el miedo es una poderosa arma de defensa, que unas veces lleva a atacar, y otras a huir, o a esconderse. También evocan múltiples maneras de controlar el miedo, sea creyendo en valores, como el patriotismo o el honor, por los que pueda merecer la pena arriesgar la vida, o sea mediante creencias y prácticas religiosas. Sin embargo, al leer los testimonios de soldados y veteranos, es fácil darse cuenta de cómo el sentir miedo una y otra vez sin poder actuar, y sin poder hablar o escribir sobre lo que siente, sin poder imaginarse escenarios alternativos, puede llegar a convertirse en arma de automutilación.

80. HOUSMAN (ed.), *War Letters*, p. xxvii.

81. BOURKE, “Fear and Anxiety”, p. 120.